

UN  
ÁNGULO  
ME BASTAFERMÍN  
HERRERO

La poesía, como han dicho muchos, escapa a lo literario, está en todas partes, a menudo no en los versos. Es más, lo que se anuncia como poesía puede fácilmente no serlo, ahí está el sarpujido de los nuevos parapoetas de picos adolescentes y tres anacolutos por página, con la ignorancia y la barbarie agazapadas entre los renglones arrítmicos, aporreando la lira de las masas. Y basta pensar, por el contrario, en narradores cuya prosa alcanza una temperatura lírica altísima, por citar alguno, dos de estilos totalmente opuestos, Gabriel Miró y Juan Rulfo.

Pongamos, aunque se presente como narración a lo 'Walden' y recibiera el Pulitzer de ensayo, 'Una temporada en Tinker Creek' (Errata Naturae) de Annie Dillard, condecorada por Obama, paseante exploradora, que no científica, que, con pórico de

Heráclito, recoge la idea de Thoreau de mostrarnos, como «un diario meteorológico de la mente», sus días junto al arroyo Tinker del título, en un valle enclavado entre las montañas de Virginia, en la cordillera de Los Apalaches. A partir del silencio y la soledad, completos, las caminatas despiertan, entre anotaciones poéticas, el pensamiento de Dillard hasta conseguir un libro digresivo que lo mismo se ocupa, con una precisión encomiable, de una ardilla mordisqueando una amanita muscaria que de la estruendosa salida en vuelo del pato joyuyo, de los sacos de huevos de las mantis religiosas que de las formas caprichosas de las bandadas invasivas de estorninos, del azul único de los acianos que de la tenacidad de los percebes, de un hervor de saltamontes en la pradera susceptible de mutar en plaga de langostas que de anguilas reptando en la no-

che por la misma hierba, en fin, de la creación en su conjunto, el vivero inagotable de la poesía.

En sus paseos por los alrededores de su retiro –«un pequeño pedazo del mundo»–, que es el mundo entero a todos los efectos– avanza a lo largo de las estaciones, extasiada ante lo creado, tan variado como complejo, buscando su significado, que siempre escapa. Lo hace mediante lo que ella misma denomina, entre el sosiego y el estreñimiento, divagaciones, apoyándose, qué gozada, en Juliana de Norwich o Martin Buber, Einstein o Heisenberg, Gerald Durrell o Simone Weil, Plinio o Leonardo da Vinci, Shakespeare o Koestler, Jean-Henri Fabre o Thomas Merton, el 'Deus absconditus' pascaliano o los eremitas del desierto, la 'Biblia' sobre todo. La ornitología, la botánica, la micología, la entomología, la meteorología, la herpetolo-

gía..., nada le es indiferente. Desde la pobreza y la sencillez waldeniana estima, creo que con razón, que la ciudad es «el mundo del novelista» y el campo el del poeta y así hasta duerme al raso para fundirse con la naturaleza.

El libro conserva la mirada curiosa y virgen de la niñez («todo consiste en mantener los ojos abiertos») y se vuel-

**El libro [de Dillard] conserva la mirada curiosa y virgen de la niñez («todo consiste en mantener los ojos abiertos»)**

ca en la atención y la contemplación, la receptividad y la absoluta concentración, a mi juicio los aspectos que determinan la esencia de lo lírico: apunta los matices de la luz, los detalles donde la extrañeza nos llama, el paso de los días... Aparte, acude con frecuencia a lo metafórico, ya de inicio para comentar las huellas que le deja un gato 'golfillo' que se le arrima para dormir. Y, sobre todo, su prosa rezuma un lirismo genuino. Veamos: los montes «son un misterio pasivo, el más antiguo de todos. El suyo es el simple misterio de la creación a partir de la nada»; o «nos despertamos, si es que alguna vez lo hacemos realmente, al misterio, al rumor de la muerte, a la belleza». El misterio y la belleza, el asombro que provocan, constituyen el trasfondo del libro, igual que el de la poesía.

Bien lo sabía, y siempre se atuvo a ello, Rainer Maria

Rilke. Tal vez nadie personifique la imagen del poeta a tiempo completo, del poeta total, de una vida entregada a la poesía –quizá en nuestras letras se le acerque Juan Ramón Jiménez– como él. En 'Releer a Rilke' (Acantilado), con traducción del narrador Javier Fernández de Castro, el magnífico poeta polaco Adam Zagajewski repasa su formación autodidacta –parece un escritor sin tradición lírica detrás, ex novo– y el influjo poderoso de Lou Andreas-Salomé, quizá la mujer más importante en lo artístico de su época, y del París finisecular –es muy recomendable a este respecto 'Vida de Rainer Maria Rilke. La belleza y el espanto' (Trotta), entre otras obras del mayor especialista de su biografía en español, Antonio Pau–. Y luego, pondera su figura con mesura y propiedad, enlazando la vida y la obra, mientras ésta crece hasta las cimas de lo su-



# LUGAR DE LA POESÍA

## A vueltas con el lirismo

Una libélula se posa sobre una flor de loto en el Jardín Botánico de Nueva York.

•• MARY SCHWALM-AP



### UNA TEMPORADA EN TINKER CREEK

Annie Dillard, *Errata Naturae*, 392 pp., 21,50 €.



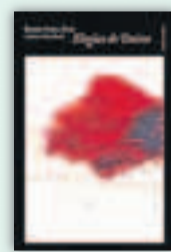
### RELEER A RILKE

Adam Zagajewski, *Acantilado*, 80 pp., 10 €.



### EN LA TIERRA DE LOS SANTOS Y LOS POETAS

Alfredo Panzini, *Ardicia*, 92 pp., 14 €.



### LAS ELEGÍAS DE DUINO

Rainer Maria Rilke, *Sexto Piso*, 152 pp., 16 €.

blime en los 'Sonetos a Orfeo' y las 'Elegías de Duino'. Quién mejor para hacerlo que Zagajewski, ensayista de enorme tacto y maestría, autor, entre otros libros espléndidos que hemos comentado en estas páginas, como 'En defensa del fervor' o 'Solidaridad y soledad', del memorable volumen 'En la belleza ajena'.

Bajo la sombra de Goethe, abarcadora de lo clásico y lo romántico, este «modesto poeta sin hogar», desarraigado, celoso de su soledad, volcado hacia el interior espiritual, casi desconocido en su tiempo, es el paradigma de una existencia sacrificada en pos de la meditación y el éxtasis, de conservar la llama de la poesía, cuya persistencia «en la pureza del canto lírico», intemporal frente a la presente liquidez posmoderna, representa como nadie.

El desdichado Giacomo Leopardi también consagró su vida a la escritura. Con cen-

tro en su Recanati natal, también hacia las huellas de la memoria de Dante, Napoleón, San Nicolás o el bajísimo de Asís, al alborar el s. XX, Alfredo Panzini emprende en su breve y sustanciosa narración 'En la tierra de los santos y los poetas' (*Ardicia*) un viaje interior, con mucho de 'dulce far niente', en bicicleta, al aroma de las retamas leopardianas de las cunetas. Sale desde Rimini, en compañía del disciplinado y estricto ingeniero Pasini, «un hombrecillo gris de mediana estatura y mediana edad, pero gran ciclista». Nada más partir, en medio de la polvareda, se le revienta la rueda trasera. Pero en general, salvo por un nublado con ventarrón que los acogota en un puerto, es una turné por la Umbría y Las Marcas de lo más apacible, sin alardes atléticos, deteniéndose a pegar la hebra con los paisanos, descrita con una prosa delicada, transparente, que

transmite la calma consoladora de las cosas antiguas.

Con un impresionismo expresivo que va a lo fundamental mediante trazos aparentemente dispersos, Panzini detecta en Recanati la pervivencia de la pureza itálica de «la lengua de Leopardi» mientras rememora por sus calles recuerdos del poeta, al hilo de los versos que dedicara a sus

### Leopardi siempre me lleva a Antonio Colinas, su principal valedor en nuestro idioma

lugares más queridos. A falta del éxito popular que esperaba con motivo de la celebración del centenario, la ciudad e incluso el palacio familiar trasminan a cambio una serenidad embriagadora, de gorrion solitario y de armonía hacia el infinito, muy del autor de los 'Cantos'.

Leopardi siempre me lleva a Antonio Colinas, su principal valedor en nuestro idioma, máxime aquí, porque prologa tan sucinta como atinadamente el libro de Panzini. Del mismo modo, en cuanto oigo el nombre del poeta alemán, según Zagajewski «el modelo más puro y perfecto en la infatigable búsqueda de la belleza», me acuerdo siempre de la alocución de Robert Musil 'in memoriam' y, sobre todo, de la impresión que me produjo en su día 'De una chica de provincias que se vino a vivir en un Chagall', en concreto aquel poema de Blanca Andreu que comenzaba

«Amor mío, mira mi boca de vitriolo y mi garganta de cicutita jónica...» para concluir, homenajeando el furor epistolar rilkeano, con «...ni escribir cartas para Rilke el poeta». O el otro, «Di que querías ser caballo esbelto... hacer música para Rilke el poeta...». En ambos la aposición –que ya comenté y utilicé como título en uno de los primeros artículos de 'Un ángulo me basta'– era clara y el artículo no podía ser más determinado y determinante: Rilke es el símbolo eterno de lo excelso en su más elevada, y constante, expresión, el emblema de la pobre pero inmortal poesía.

Tal vez, como señalaba antes, sean las 'Elegías de Duino' (*Sexto Piso*), que le costaron diez años de escritura, el punto culminante de su poesía y de la poesía como tal, por estar situadas propiamente, sin moverse, en «el lugar inefable donde lo insuficiente/incomprensiblemente se trans-

muta/en esta hueca superabundancia./Donde la suma de infinitas cifras/se resuelve en un cero», en recreación del mentado Rulfo, la traducción más curiosa que conozco, fraguada al parecer a partir de versiones de Domenchina y Torrente Ballester. Esta edición, por cierto, cuenta con un epílogo escueto pero interesantísimo donde se da buena cuenta del influjo fehaciente, decisivo, de las elegías sobre 'Pedro Páramo' y el resto de la obra rulfiana, en torno a la concepción del reino de los muertos, quién lo diría.

Entre sus versos, que le parecían herméticos nada menos que a Heidegger, como apunté en un artículo anterior, la poesía grana en secreto como la higuera de la sexta elegía, velada: «porque las cosas más próximas son/algo muy remoto para los hombres». Por eso el manantial lírico nunca se secará, aun a pesar de los versificadores.